

Diálogos espirituales. Manuscritos femeninos hispanoamericanos. Siglos XVI-XIX

Asunción Lavrin y Rosalía Loreto, *Diálogos espirituales. Manuscritos femeninos hispanoamericanos. Siglos XVI-XIX*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad de las Américas, Puebla 2006.

Las últimas décadas han visto aparecer un sinnúmero de trabajos sobre el papel de la mujer en la historia, tanto que ha surgido un nuevo enfoque al que se ha denominado estudios de género. En ellos se ha insistido en resaltar que durante siglos la mayor parte de las civilizaciones han depositado en la mujer un sinnúmero de valores negativos. En la cultura occidental cristiana el tema de su inferioridad frente al hombre, aunque no metafísica, ha generado una abundante literatura que ha sido calificada de misógina; en sus textos se le ha considerado débil (y por ello necesitada de una guía masculina) y peligrosa por ser la tentadora y la causante de la entrada del mal en el mundo. Los estudios de género también han insistido en las reacciones que las mujeres han tenido hacia ese prejuicio, su búsqueda de respuestas propias utilizando los medios que su entorno cultural les permitía y proporcionaba. Estas respuestas se manifestaron en textos escritos de los que tenemos abundantes ejemplos, aunque pocos de ellos recibieron el privilegio de darse a conocer en su tiempo por medio de la imprenta. Por ello, uno de los trabajos más importantes de esta corriente historiográfica ha consistido en dar a la luz esos textos que han permanecido manuscritos hasta el presente siglo. El libro que hoy presentamos tiene como finalidad hacernos oír algunas de esas voces silenciadas hasta hoy en toda su riqueza y variedad. Las compiladoras del volumen ya nos habían dado una muestra de este tipo de textos en un primer libro que salió en 2002 bajo el título *La escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana. Siglos XVI y XVII* (México, Archivo General de la Nación/Universidad de las Américas de Puebla). En él se nos regaló con una amplia gama de testimonios de mujeres novohispanas, la mayor parte de ellos de carácter autobiográfico. En este nuevo libro se ha ampliado el abanico de los testimonios a Hispanoamérica y se han incluido además otros tipos de textos: cartas, poemas, obras de teatro y vidas escritas por varones, en los que la escritura femenina aparece velada, pero presente.

La constante en los testimonios recogidos por los dos libros es el tema religioso, vinculado a un modelo de santidad femenina que se nos muestra muy limitado en apariencia. Ascetismo y visiones plasmaban los cotos que la cultura barroca impuso como modelo de santidad a todas las mujeres, tanto a las religiosas como a las laicas. Sin embargo en esta compilación de textos se nos muestra algo que está muy lejano a la uniformidad. Monjas, beatas, terciarias, solteras y casadas se nos muestran fecundas en recursos comunicativos y en argumentaciones y descripciones que no se ciñen siempre a los modelos impuestos por la cultura oficial. En los informes de su vida interior, en sus cartas y en sus poemas se nos muestran participando activamente en el mundo que las rodea, comentando las situaciones políticas de su momento, pactando y negociando, haciendo uso de recursos legales y argumentativos para conseguir sus fines; algunas incluso rompen las limitaciones que la sociedad les impone por su género y realizan viajes apostólicos, predicando y fundando, otras subvierten el papel sumiso de la confesada frente al confesor y se convierten en consejeras de aquellos que tienen el papel de dirigirlas. En la mayor parte de los testimonios aquí recogidos, escritos a veces por encargo, otras por propio impulso, se describen visiones y experiencias interiores, pero también los gozos y conflictos surgidos de la vida cotidiana. En ellos se va del devocionalismo más ortodoxo a posiciones que a algunos parecían

ron heréticas. La mayor parte de las veces podemos descubrir entre líneas al interlocutor, al confesor que solicitó la escritura para ejercer, con mayor conocimiento de causa, la dirección espiritual y para controlar la posible ingerencia del demonio; podemos vislumbrar al compañero epistolar que manifiesta continuamente su presencia en la respuesta a las preguntas hechas en la carta anterior. Sin embargo, en algunos textos se nos muestra la conciencia de escribir para un público anónimo en el que estamos incluidos nosotros mismos.

Además de la atinada selección de testimonios, el libro contiene una serie de magníficos estudios realizados por especialistas que introducen cada uno de los textos seleccionados y que nos guían en el contexto en el que fueron creados. En la sección de autobiografías se encuentran tres trabajos: El primero, dedicado a la mística limeña Jerónima de san Francisco, fue elaborado por Nancy Van Deusen y Ana María Vega, quienes resaltan el hecho de que esta religiosa vivió a principios del siglo XVII en una ciudad y en una época de una gran efervescencia religiosa en la cual la santidad convivía con la herejía. Sor Jerónima era contemporánea de la santa Rosa de Lima y de sus compañeras terciarias dominicas, algunas de las cuales fueron condenadas por alumbradas por la Inquisición de Lima. Esta monja también tuvo vínculos con el más importante cronista del Perú, el agustino fray Antonio de la Calancha y fue dirigida del santo franciscano Francisco de Solano durante su breve estancia en el virreinato sudamericano. En su diario espiritual sor Jerónima se nos muestra primero como una mujer casada abandonada por el marido, que sacó adelante a sus hijos, que fue ermitaña por un tiempo y activa consejera de clérigos, y que finalmente consiguió la anulación de su matrimonio y su ingreso al monasterio de recoletas donde recibió innumerables favores del cielo.

La segunda autobiografía, la de la capuchina queretana sor María Marcela Soria estudiada por Asunción Lavrin, nos refiere la historia de una mujer de la clase acomodada queretana del siglo XVIII, sin una vocación temprana a la vida religiosa y más bien entregada a los placeres de la vida social, pero que después de una absoluta conversión interior lo abandona todo para ingresar como religiosa y vivir una vida espiritual hecha de gozos y sufrimientos. Sus testimonios, nos dice la autora de la introducción, nos muestran un rico material para construir la vida cotidiana en provincia, «comedias, bautizos y fandangos», al mismo tiempo que los caminos de una mujer que encontró en san Ignacio y Santa Teresa sus guías interiores. Por otro lado, Asunción Lavrín resalta también que en esta escritora se da una forma narrativa que parecería dirigida a un público más amplio y no sólo a su confesor, como cuando escribe: «Dejemos aquí a nuestro fraile y volvamos a nuestro novio». La autora recuerda al respecto que: «Los escritos personales e íntimos de algunas monjas circulaban en los conventos como habían circulado los de santa Teresa antes de su difusión impresa».

Nora Jaffary realiza el tercer estudio sobre una beata laica de la capital novohispana, María Josefa de la Peña, que en el siglo XVIII se vio obligada a escribir un texto en defensa de su propio camino místico frente a los inquisidores. Una mujer que «practicó una forma de religiosidad dramáticamente diferente, al abandonar su reclusión mística para involucrarse en el acto clerical y masculino de dirigir la vida espiritual de otros». En su texto se considera a sí misma como maestra de espíritu como santa Teresa, cuya vida imita. La autora del estudio insiste en la presencia de varios franciscanos que crearon un espacio de culto alrededor de su tumba repartiendo reliquias y promoviéndola como santa.

En la segunda sección que trata de los escritores clericales que narran vidas de monjas a partir de textos femeninos, estamos frente a una escritura a varias manos en la que confesor, confesada y a veces una compañera de ésta interactúan en un producto en el que la experiencia vital

de la religiosa está mediatizada, formalmente y a menudo también en el contenido, por la percepción de su compañera o la del narrador masculino. El primer texto de esta sección es el del jesuita irlandés Miguel Godínez quien escribió sobre la monja carmelita poblana Isabel de la Encarnación con materiales que le facilitó sor Francisca de la Natividad. Rosalva Loreto, en su estudio introductorio, resalta la personalidad del escritor, confesor de religiosas y laicas y tratadista de obras de teología mística, campo muy ajeno a la tradición jesuítica, como lo ha demostrado Michel de Certeau. La autora resalta también la personalidad de la biografiada vista con los ojos de un hagiógrafo que insiste en la fuerte presencia demoníaca en una vida que se perfeccionó y alcanzó grados inusitados de santidad a causa, precisamente, de la labor incansable de Satán.

El segundo texto trata de la vida escrita por el carmelita Martín de la Cruz sobre Gertrudis de San Ildefonso, la perla mística, monja ecuatoriana que vivió en la segunda mitad del siglo XVII y de quien hace un breve estudio introductorio Fernando Iturburu. Lo que más se resalta en éste es la existencia de una biografía extensísima, en tres volúmenes manuscritos en los que se insertan al texto emblemas y dibujos y en los que la trama de una vida es pretexto para elaborar un sistema de teología moral sobre vicios y virtudes.

En el último texto de esta sección se presenta la transcripción que hizo fray Elías Pasarell de la autobiografía que escribió sor María Manuela de Ascensión Ripa en el monasterio de Santa Catalina de Arequipa. La autora del estudio, Elia Armacanqui-Tipacti, califica este texto como un «collage» en el que el religioso, que vivió a fines del siglo XIX, más de cincuenta años después de fallecida la monja, combinó textos originales escritos por ella con testimonios de otras religiosas y sus propios comentarios. Lo más interesante de este documento es la inclusión de visiones que no se quedaban en el ámbito espiritual sino que incluían la discusión de temas relacionados con la vida política del Perú en los albores de la independencia y después de ella. El texto muestra a una religiosa que, al igual que una parte del clero y de las élites, veía como inspirados por el demonio la consolidación de vales reales, las rebeliones indígenas y los movimientos liberales.

En la tercera sección se incluyen tres epistolarios que contienen cartas en las que la escritora femenina toma los rasgos de una observación interior dirigida a un consejero ausente. El primero, el de la chilena Sor Josefa de los Dolores Peña y Lillo, muestra la relación entre esta religiosa del convento de dominicas de Santiago con su confesor jesuita Manuel Álvarez, transferido al colegio de Concepción. Alejandra Araya, Ximena Azúa y Lucía Invernizzi nos introducen en una selección de esta correspondencia que tiene como trasfondo histórico los años previos a la expulsión de la Compañía de Jesús y como contenido los escrúpulos y angustias de una mujer depresiva y angustiada por no saber si lo que hacía tenía algún sentido.

En la segunda parte de esta sección Alicia Frascina nos narra la fascinante vida de María Antonia de San José, beata del virreinato rioplatense asociada también con la Compañía de Jesús y con el momento de la expulsión. A partir de las cartas que esta mujer envió a los jesuitas en el exilio haciendo uso de una red epistolar, la autora reconstruye las actividades excepcionales de esta fundadora de casas de ejercicios, quien mantuvo en Argentina la vigencia del espíritu ignaciano después de la desaparición de la Compañía. Sin embargo, su actividad hubiera sido impensable sin la presencia de redes de adeptos a los ignacianos después de su expulsión en todas las ciudades de Hispanoamérica; uno de ellos, Ambrosio Funes en Córdoba, la puso en contacto epistolar con los expulsos; otros en Buenos Aires le ayudaron con medios económicos y con sus contactos con las autoridades para poder realizar sus fundaciones.

Crónicas

La tercera colección epistolar la introduce Ellen Gunnarsdottir. Se trata de las cartas escritas entre 1801 y 1802 por sor María Ignacia del Niño Jesús del convento de santa Clara de Querétaro a su confesor fray Manuel Sancho de Valle. La autora señala que en este epistolario «la escritura se desplaza sin esfuerzo entre el mundo místico de la región divina y la vida diaria del convento, entretejiendo los dos en una síntesis donde los santos juegan un papel antropomórfico similar al de las monjas y criadas y mantienen una convivencia familiar con las profesas». A pesar de estar escritas a principios del siglo XIX, esas cartas muestran todavía una fuerte presencia de la espiritualidad barroca.

La cuarta sección incluye una serie de obras poéticas que comienzan con Sor Leonor de Ovando, considerada «la primera poetisa de América», pues escribe en la isla de Santo Domingo en la segunda mitad del siglo XVI. Nela Río, la autora del estudio introductorio, nos dice que sólo conocemos una mínima parte de la obra de esta religiosa, conservada gracias a que algunos de sus poemas fueron incluidos en la edición de los de Eugenio de Salazar, funcionario del rey y poeta quien había tenido una relación amistosa con la monja durante su estancia en la isla.

En la segunda selección, Concepción Zayas nos da una fascinante muestra de la obra *Danza moral o juego de Maroma* de Ana de Zayas, beata poblana procesada a fines del siglo XVII en la Inquisición por alumbradismo. Se trata de una mujer escritora, desobediente e insumisa a sus confesores, que a pesar de estar apoyada por personalidades como la del obispo Manuel Fernández de Santa Cruz, se le inició un proceso. Con un conocimiento profundo de las doctrinas místicas heterodoxas que sostenían que en el amor no hay error, Ana de Zayas escribe un poema moral que describe virtudes y vivencias interiores donde se entremezclan los arrobos y visiones con la música y la danza.

El libro concluye con una selección miscelánea conformada por dos poemas anónimos, otro de sor Paula de Jesús Nazareno, otro de Sebastiana María Josefa de la Santísima Trinidad y una pequeña muestra del coloquio de la Natividad de Sor Juana María de Azaña. Según las editoras del volumen, estas obras «aún no han encontrado quien los amadrine y carecen de una meditada introducción, un gesto que invita a la adopción de futuras estudiosas». Me pregunto ¿por qué deben ser del sexo femenino?

A pesar de los límites forzosos que implica toda selección, los textos que aquí se nos presentan son como bocadillos que nos abren el apetito. Para aquellas personas a quienes interesan estos temas (y habemos también hombres entre ellas) el libro que hoy presentamos es un banquete confeccionado con una multiplicidad de platillos. Es como esas muestras gastronómicas de degustación en las que uno siempre se queda con ganas de probar más de alguna vianda, y para quienes les da por el placer de cocinar, con la inquietud de averiguar las recetas que le permitan reproducir esos platillos en casa.

En este sentido considero que son dos los principales ingredientes que están en la base de estos sabrosos discursos. Uno es la espiritualidad católica de la Contrarreforma, una cultura que se centraba en la metafísica y en la retórica, en un sentido trágico de la vida, pero que lo adornaba con un vistoso ropaje metafórico y emblemático que se desplegaba en un impresionante aparato visual y textual. Impulsora del barroco, esta versión cristiana exaltaba por una parte las actitudes de renuncia a cualquier deleite y la continua presencia del destino del alma después de la muerte; pero al mismo tiempo desplegaba una visión luminosa de las posibilidades del hombre creador y transformador del mundo, del artista que convertía en orden el caos, de las enormes potencialidades de conocimiento que podían dar al espíritu los placeres de los sentidos. Esta visión está ejemplarizada en las dos figuras más importantes de la cristiandad contrarreformista

Crónicas

del siglo XVI: Teresa de Ávila e Ignacio de Loyola. La primera, una mística y reformadora, perfecta manifestación del equilibrio entre la vida activa y la vida contemplativa, entre el genio literario y una intensa vida interior. El segundo, promotor de una religiosidad basada en la imaginación creadora, en la posibilidad de guiar el mundo espiritual usando como vehículo la emotividad, pero al mismo tiempo limitando ésta ante el temor de la desviación heterodoxa. A partir de estas dos perspectivas, la de la mística emotiva llena de imágenes y la de una teología racionalista y ortodoxa siempre obsesionada por el peligro de la desviación de la norma católica, se puede construir tanto una historia de las ideas como otra de los sentimientos. En ellas podemos encontrar las bases de la permanente insatisfacción de la cultura occidental que la ha llevado a una búsqueda de la perfección espiritual inalcanzable y al mismo tiempo a sus terribles ansias del dominio del mundo, fortalecidas éstas por su sentimiento mesiánico y salvador. En los textos y en los estudios que conforman este libro y en su rica y variada polifonía de voces podemos encontrar algunas líneas que nos permitan entender este complejo sistema de creencias, prácticas y emociones que conforman lo que llamamos cultura occidental.

Antonio RUBIAL GARCÍA
Facultad de Filosofía y Letras
Ciudad Universitaria
Universidad Nacional Autónoma
04510 México D.F.
México
antoniorg81@yahoo.com.mx